Prólogo

El Doctor Abraham Mundi se acercó al húmedo cristal y recorrió la ventana con el dedo índice de su mano derecha.

Le fascinaba poner su nombre en el vidrio los días lluviosos; quizá, reminiscencias de una vieja costumbre que mantenía desde la niñez.

 -Es un breve viaje al pasado –sonreía pensando en ese antiguo ritual que solía compartir con su madre durante gran parte de la niñez. Parece que siguiera estando a mi lado-reflexionaba nostálgico recordando a la mujer que había fallecido demasiado joven, cuando él solo tenía diez años. Nunca pensé que una persona de treinta y pocos años pudiese enfermar de esa forma, imposible olvidar la mirada perdida que tenía en los últimos días. Y el triste hospital donde terminó su vida. Tampoco he podido perdonar del todo a mi padre por su inconsciente actitud, en menos de un año contrajo matrimonio con aquella tarambana de la cual debió divorciarse al encontrarla en brazos de otro hombre. ¡Pobre papá, parece que tuviera cien años en vez de los setenta y tres que cumplió!- suspiró regresando al presente sobresaltado por el suave golpeteo que su secretaria daba a la puerta del consultorio ubicado en el Hospital Central.

-Doctor -tocó la mujer con más ímpetu.

-Perdón. Adelante-exclamó el médico de cuarenta y dos años recobrando su tono habitual.

-La Señora Fermina Solís ha llegado. Dice que tenía cita a las diez.

-Casi lo olvido. Hágala pasar- anunció evocando la imagen de la mujer que debía tener siete u ocho años más que su padre. No comprendo, sabe que soy cirujano, y ella manifestó querer consultarme por dolores de cabeza. Si no fuera porque fui tan amigo de sus hijos, le hubiese dado pase a otro profesional.

-Buenos días, Abraham, ¿o puedo llamarte Abi, como te decía en la niñez?-susurró la elegante mujer entrando impetuosamente.

-Llámame como gustes. Y toma asiento-asintió este regresando a los viejos tiempos en que gustaba merendar en casa de la mujer para ver a su hija Walkiria. “*Pensar que alguna vez creí amar a esa loca jovencita*”-sonrió observando los ojos azules de Fermina tan similares a los de la joven *“En cambio, nunca simpaticé demasiado con su hermano Pedro”.*

-Todavía me parece ver las travesuras que hacías con mi loca niña-comentó Fermina como si hubiera adivinado lo que el médico estaba pensando. ¡Qué momentos felices! Nunca comprendí a quien salió esa criatura tan amante de las artes, aunque siempre creí que mi madre era un poco bohemia. .Nuestra adorada Walki, poeta, actriz, nada que ver a conmigo o con su padre, que hicimos nuestra riqueza en base a la fábrica de sombreros femeninos, y que hoy mi hijo Pedro ha cambiado al rubro deportivo. Es un gran visionario como lo fue mi difunto esposo.

- Algo debes haber notado apenas nació, por eso le pusiste nombre de artista, querida amiga. Walkiria no es un nombre muy común- carcajeó Abraham cavilando como ese día gris, se había convertido en un colorido viaje al ayer.

-Así se llamaba mi madre- se excusó la mujer. Y si mi niña no se hubiese ennoviado con ese excéntrico escultor quizá hoy estuviese viva. ¡A quien se le ocurre ir a toda velocidad en una autopista un día con tanta lluvia!- -silabeó la mujer con rencor.

-La vida es así- suspiró el médico escuchando los profundos truenos. Pero te dio un nieto maravilloso, que según escuché comentar a mi padre, parece que siguió los pasos de sus progenitores.

-Mi adorable Aidán, otro loco como ellos. Dejó en manos de su tío y primo la fábrica para abrir una pequeña florería céntrica la cual practicante maneja su socia. Y lamentablemente, ama las motos como mi finado yerno Rómulo. Pero es tan encantador como mi Walki!-suspiró la mujer.

-Entonces debe ser un chico maravilloso-asintió Abraham.

 -Estás en lo cierto, Dime, ¿cómo está Gabriel? Una torpeza no haber preguntado por mi viejo amigo- preguntó Fermina recordando al padre del médico.

-Muy bien, siempre con sus cosas, ya sabes cómo es –respondió este.

-Me alegro mucho, eso indica que se encuentra muy bien-asintió la mujer.

-Debo confesar que has logrado despertar mi curiosidad con ese nieto tan “especial “que tienes. Me gustaría visitarte para conocerlo - agregó cambiando de tema.

-Pues no debes demorar, si estas placas dicen la verdad no me queda demasiado tiempo-acotó la mujer estirando en la mesa un sobre de manila con su nombre.

-Mira, ya que lo mencionas. Me extraña tu consulta, yo soy cirujano-comentó Abraham volviendo al asunto por el cual lo visitaba Fermina.

-Ya lo sé, pero eres un médico muy reconocido, y fundamentalmente, un gran amigo. Quisiera que revisaras mis estudios y fueras sincero, no confío demasiado en la opinión de los profesionales que he visitado. ¡He gastado fortunas para no quedar satisfecha!

-De acuerdo- Dame un minuto para comprobarlos-asintió poniendo las placas en un moderno aparato que permitía verlas con claridad.

-¿Y qué piensas?- preguntó la mujer al ver que su amigo dejaba las radiografías sobre la mesa disimulando un gesto de disgusto.

-Espera, déjame leer los demás análisis-susurró Abraham frunciendo el ceño.

-No intentes mentirme, ni suavizar el diagnóstico como intentaron hacer los demás. Tengo muchas cosas que resolver.-rezongó Fermina.

-Creo que ya sabes lo que tengo para decir: el cáncer está muy avanzado, hay una metástasis muy importante. Pero la ciencia ha progresado mucho, quizá con un buen tratamiento...

-¿Curaría mi tumor definitivamente?-arriesgó Fermina.

-Me pediste te dijera la verdad, y así lo haré: La medicación solo detendría la enfermedad un tiempo, incluso calmaría el dolor, pero no la quitaría-afirmó el médico.

-¿Cuánto piensas que me queda? Como te mencioné, tengo muchas cosas que arreglar todavía.

-Ente seis u ocho meses, aproximadamente-afirmó Abraham delicadamente.

-Bien .Gracias por tu sinceridad. Tengo casi ochenta años, no me puedo quejar, tuve una buena vida. Necesito solucionar la situación de mi querido Aidán, a quien, como habrás comprendido, no le interesa trabajar con su tío.

Haré una reunión familiar con mi hijo y nietos para confesar lo que me sucede y arreglar el tema económico. También tengo otro amoroso nieto, Darío, que trabaja junto a su padre .Por suerte, todos quieren mucho a mi Aidán.

-Ojalá pudiera darte mejores noticias-acotó Abraham observando la ternura en la voz de Fermina cada vez que mencionaba a su nieto menor.

-Debo marchar -se paró la mujer repentinamente. Dime cuanto te debo, ya te robé demasiado tiempo e imagino que tienes más pacientes.

-Nada. Eres una querida amiga. Y en definitiva, solo confirmé un diagnóstico que ya sabías.

-No puedo aceptarlo-rezongó la mujer sacando el monedero de su cartera.

-Me ofendes-insistió Abraham indicando a la mujer que volviera a guardarlo.

-Entonces quiero ofrecer una cena en tu honor para celebrar nuestro reencuentro, quizá, ¿el sábado próximo?

-No lo sé, déjame ver que tengo-acotó tomando su agenda.

-Perdón, un joven tan importante como tú, debe tener muchos compromisos. Supe que te habías divorciado luego de dos años de matrimonio.

-Es verdad, pero hace ya bastante tiempo-agregó el médico.

-¿Tienes nueva novia?-curioseó Fermina.

-Estoy saliendo con una compañera de trabajo, pero por ahora, nada serio. El que se quema con leche…

-Jjajaj.Entiendo. Sin excusas, te espero el sábado –afirmó la mujer abriendo la puerta del consultorio .Puedes traerla si deseas.

-Tú ganas. Dime la hora-aceptó Abraham recordando que no tendría demasiadas oportunidades de reunirse con su antigua amiga.

-A las veinte. Me alegra que te haya convencido. ¡No lo olvides! -sonrió pegando un salto al escuchar el grito que llegaba desde la sala de espera.

-¿Qué habrá sido ese ruido?-preguntó el médico abriendo a la puerta.

-Me pareció escuchar la voz de mi nieto Aidán. Creo que tu deseo de conocerlo se adelantó-comentó la mujer arreglándose la blanca cabellera.

-Abuela, al fin terminas. Hace media hora que te espero- exclamó el joven fijando sus azules ojos en los de Fermina.

-¿Precisabas hacer tanto escándalo? Te dije que me iba en taxi-fingió enojarse la mujer.

-Estaba por estos lados y recordé que tu cita quedaba cerca-respondió el joven con una compradora sonrisa.

- Imagino que no habrás venido en tu moto. El chequeo se demoró-exclamó Fermina guiñando un ojo al médico, quien asintió indicando con un imperceptible gesto que mantendría silencio.

-La dejé en el estacionamiento. ¡Hora de divertirnos!-gritó con fuerza.

-¡Siempre con esa bendita frase!-gruñó Fermina. Acércate un minuto, te presentaré a mi médico de cabecera, el Doctor Abraham Mundi, quien es un antiguo amigo de tu madre. Mientras se conocen, iré hasta el baño.

-Mi secretaria te indicará donde queda.

-Por aquí, Señora-se acercó amablemente la empleada.

-Hola, Doc- obedeció el joven besando la mejilla de Abraham que sintió como si su rostro se prendiera fuego.

- Olvidé mi cartera – ¡Aidán!- ¿Es que acaso no tienes respeto por nadie?-gritó Fermina al ver el gracioso saludo.

-Dijiste que me presentara -comentó el joven confundido.

-Con seriedad, muchacho-lo increpó Fermina retornando al toilette

-No te preocupes, está todo bien -afirmó Abraham. Un gusto, por cierto, eres muy parecido a tu madre-suspiró evocando una vez más a su querida amiga.

-Todos los que la conocieron dicen lo mismo-suspiró jugando con su rebelde cerquillo. Parece que era muy popular.

-Efectivamente. Era muy querible, “*como tú*” –pensó el hombre sin darse cuenta de la sonrisa que volvía a florecer en su rostro.

-Vamos, Aidán. El Doctor tiene que trabajar-regresó Fermina cortando el diálogo.

-¡Hora de divertirnos!-exclamó el joven, repitiendo la famosa frase, que Abraham no olvidaría con facilidad.

-Aidán, ¿qué te dije? ¡Compórtate como un joven de tu edad! –exclamó la anciana poniendo el grito en el cielo.

“*Fermina ama a ese chico, y le costará confesar la verdad acerca de su enfermedad. Seguramente, él sufrirá mucho cuando ella parta”-*suspiró observando como Aidán carcajeaba mientras acomodaba el casco a su abuela.

-Angélica, has pasar al paciente que sigue-indicó retornando a su consultorio, acariciando en forma inconsciente la mejilla donde el joven lo había besado.